

DIVERSIDAD REGIONAL Y CARACTERES
NACIONALES EN LA ESPAÑA DEL XVIII SEGÚN
ALEXANDER JARDINE¹

José Francisco PÉREZ BERENGUEL

Alexander Jardine, oficial inglés y cónsul en La Coruña, fue uno de los mejores conocedores extranjeros de la España del siglo XVIII. Su larga permanencia en el país y la «delicada» misión de espía que desempeñó en los años anteriores a la firma del *Tratado Secreto de Aranjuez* (1779) entre Francia y España le valieron para escribir unas *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal, & c.* (Londres, 1788), donde nos contaría sus impresiones sobre la realidad política, social y económica del país. En este libro van a aparecer muchas de sus ideas sobre las características nacionales y los principales rasgos distintivos de las diferentes regiones que visita. Su larga estancia en España, en sucesivos periodos, le permiten describir a éste como un país invertebrado donde la práctica diaria de un cierto autogobierno (como el que se practicaba en las provincias vascongadas) es contemplada no sin recelo por el poder centralista de los gobiernos borbónicos de la segunda mitad del siglo, constituidos a semejanza del modelo francés con el que, de otro lado, también compartían una misma línea dinástica desde la victoria del duque de Anjou en la Guerra de Sucesión española.

¹ El presente artículo forma parte de una investigación más amplia de la vida y la obra de Alexander Jardine, que incluye la traducción al castellano de sus treinta y cinco *Cartas de España*. Para un conocimiento más extenso del tema remito, por tanto, a mi tesis doctoral titulada *Una visión crítica de la España del siglo XVIII: la obra epistolar de Alexander Jardine*, presentada en el Departamento de Filología Anglogermánica y Francesa de la Universidad de Oviedo en mayo de 1997.

La colaboración de muchos habitantes de la antigua corona de Aragón con la causa austracista y la posterior derrota de ésta había traído como consecuencia la pérdida de la mayoría de sus derechos políticos y la posterior implantación de los decretos de «Nueva Planta» que consagraban su nuevo grado de dependencia del poder central. No fue este el caso de las provincias vascongadas, que lograron mantener aún después del cambio dinástico gran parte de sus antiguos fueros y exenciones, a pesar del recelo constante que su mayor progreso económico solía despertar en el gobierno. De este modo, los dos mayores problemas de integración que tenía la corona española eran, antes igual que ahora, las provincias vascongadas y Cataluña, hasta el punto de que Jardine llega a señalar lo siguiente:

«[...] aunque los extranjeros [...] tienden a considerar como españoles a todos los súbditos del rey de España, [...] un vizcaíno o un catalán se sienten ofendidos con esa denominación». (carta II)

Durante su prolongada estancia en España (1776-1779), con el objeto de realizar una labor de espionaje para el Departamento de Estado para Asuntos del Sur de Gran Bretaña y con la premisa de una justa recompensa en el caso de estallar un conflicto bélico, Jardine recorre el país en dos direcciones diferentes: en primer lugar, desde Fuenterrabía hasta La Coruña (en cuyo consulado establecería la residencia junto a su familia) siguiendo los caminos que comunicaban la cornisa cantábrica; y más tarde, después de pasar un tiempo en Portugal, partiendo de Cádiz y volviendo de nuevo a la Coruña, atravesando casi todo el país y recorriendo parte de Andalucía, La Mancha, Madrid y Castilla y León².

Las Vascongadas

Los habitantes de estas tres provincias, a las que Jardine añade Navarra, presentaban algunas características distintas al resto del país. De este modo, según Jardine, constituían una raza más fuerte y robusta y comían más carne que los demás, lo que les asemejaba en parte a los ingleses, hasta el punto de

² Santos MADRAZO, *El sistema de transportes en España, 1750-1850. Tomo I. La Red Viaria*, Madrid, Ediciones Turner y Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1984, mapa 10, pág. 137. El libro incluye un mapa de España realizado por el autor según la guía de caminos de Tomás López (1767), donde se puede contemplar con detalle el recorrido seguido por Jardine desde Cádiz a Santiago.

compartir también con ellos un mismo temperamento «noble, franco y generoso» (carta II). Esto quizás habría que ponerlo en relación con la idea, ya expresada por Montesquieu, de la mayor disposición de los montañeses hacia la libertad, ya que se ven más favorecidos por la naturaleza y «no están expuestos a la conquista»³. Además, en este caso, las tres provincias contaban con una administración propia y casi independiente del gobierno central, lo cual había generado, en opinión de Jardine, unos efectos positivos evidentes en su carácter, industria y población. Dicha situación había supuesto innumerables beneficios tanto para gobernantes como para gobernados, para el poderoso gobierno central y para la propia administración de estas provincias, ya que disponían de los mejores caminos y la mejor situación económica de todo el país y constituían un verdadero ejemplo para otras regiones y para otros países que, como era el caso de Inglaterra, mantenían en ese momento un conflicto abierto con sus colonias.

Jardine se sorprendería muy positivamente de encontrar en esta región una Sociedad Económica como la *Bascongada*, dedicada al fomento de las artes útiles y los oficios, aunque lamentaba que su éxito dependiera tanto de la figura del Conde de Peñafiorida, ya que la desaparición de éste podía conllevar el abandono de muchos de sus planes y proyectos para el desarrollo y la mejora de toda la región. Dichas provincias constituían, además, un ejemplo aislado de desarrollo industrial en relación con el resto de España, donde la abundancia de dinero hacía imposible la creación de cualquier tipo de industria o manufactura que fuera competitiva. A ello había que sumar también el acierto y la economía en la construcción de los caminos de la región, ya que éstos «se han realizado de una manera noble y económica, y sin que el gobierno, por suerte para ellos, haya tomado parte alguna» (carta IV).

Frente a este panorama tan alentador, también existían problemas que no pasaron inadvertidos a Jardine. El primero, fácilmente perceptible por cualquier viajero, era la escasez de cal y la falta de pulcritud y de acabado de sus edificios, lo cual confería a toda la región un cierto «aspecto apagado y melancólico» (carta II). Al mismo tiempo, la ubicación de sus dos principales ciudades, Bilbao y San Sebastián, resultaba inadecuada, según Jardine, y ahora era imposible de cambiar debido a la propia inercia de la administración central. Existía, además, una excesiva dependencia de la exportación del hie-

³ MONTESQUIEU, *El espíritu de las leyes*, traducción de Mercedes Blázquez y Pedro de Vega y prólogo de Enrique Tierno Galván, Barcelona, Orbis, 1984, pág. 236.

rro, aunque este «pequeño negocio» de unos doscientos mil quintales al año había producido no pocas mejoras en otros ámbitos, al generar una mayor demanda en la agricultura, la reforestación y la fabricación de herramientas.

Sea como fuere, la mayor riqueza relativa de la región había despertado no pocos recelos en el gobierno central, en opinión de Jardine, y «este gobierno resabido [...] comienza a dar muestras de un recelo mezquino e injusto hacia su prosperidad» (carta II). El mejor ejemplo de ello lo constituía el paulatino traslado de la exportación lanera al puerto de Santander. De este modo, si no se había acabado antes con dicha situación se debía tan sólo «a la indolencia, la incapacidad, la casualidad y otras circunstancias adversas del gobierno español» (carta II).

Asturias

Después del tiempo transcurrido en las provincias vascongadas, Jardine atravesaría Asturias de camino hacia Galicia y, por tauto, sin detenerse demasiado para poder ofrecer una descripción detallada de la región. No obstante, lo primero que le sorprende es su extraordinaria belleza natural, a pesar de las no pocas dificultades que para un viajero debía presentar una naturaleza tan escarpada y el mal estado general de los caminos. Su incursión en Asturias es relatada del siguiente modo:

«Proseguimos ahora con nuestro difícil pero encantador viaje, siguiendo a menudo la línea costera, a través de senderos estrechos, al borde de terribles precipicios, y con el horror añadido de encontrarse rotulados los sitios donde hombres, mulas y demás se han despeñado, destrozándose en pedazos antes de alcanzar el lejano océano que se extendía al fondo.» (carta V)

Enseguida surge la comparación de este paisaje con el de Vizcaya, que acababa de dejar atrás:

«[...] las montañas son más escarpadas, sublimes y grandiosas, y están surcadas con mayor frecuencia por riachuelos que se precipitan rápidamente, y valles estrechos que están flanqueados por bosques y peñascos. La mente se interesa y se eleva, y al avanzar se dedica con impaciencia al paisaje cambiante, unas veces con temor y otras con esperanza; la costa jalada de pequeñas bahías y rías y salpicada de promontorios rocosos, las pesquerías de salmón y unas escasas y pobres aldeas desperdigadas situadas en un emplazamiento romántico completan el panorama.» (carta V)

Y del paisaje al paisanaje. Una vez más, Jardine compararía los habitantes de esta región con los de Vizcaya, de la cual los asturianos no saldrían tan bien parados:

«Los habitantes son fuertes y rústicos, aunque no tantos y tan laboriosos como los vizcaínos; una raza visiblemente distinta, más orgullosa e indolente». (carta V)

Lo que más parecía sorprenderle era el fuerte parecido entre los asturianos y los antiguos romanos, cuyo origen, señalaba, habría que buscarlo en la historia y remontarlo a aquella época en la que Asturias no era nada más que una pequeña parte del Imperio. Según Jardine, los asturianos eran preferidos como criados a todos los demás, por sus «cualidades de honradez y fidelidad» (carta V). Esta afirmación implicaba el conocimiento de una realidad social que afectó a muchos asturianos y montañeses a lo largo del siglo XVIII, como era la predilección que se tenía en la corte para emplearlos en el oficio de la librea.

Por lo que respecta al desarrollo económico de Asturias, Jardine destacaría la posibilidad única que tenía la región de introducir manufacturas «de manera provechosa», ya que su aislamiento geográfico del resto de España había facilitado, por fortuna, una menor afluencia de dinero procedente de las colonias y que había hecho imposible la creación de cualquier tipo de industria en el resto del país, con escasas excepciones. Por último, Jardine no dejaría de sorprendernos con su propuesta de otorgar al Príncipe de Asturias la administración efectiva de esta región, con el fin de que esto pudiera servir para «promover la felicidad de esas gentes, así como de aprendizaje en el arte de gobernar un reino» (carta V). Habrían de pasar otros quince años para que Jardine volviera a pisar tierra asturiana, tras un azaroso viaje en barco desde Inglaterra, antes de poder ejercer como nuevo cónsul de La Coruña. Gracias a ello, pudo conocer a Jovellanos, que le fue presentado por mediación del vicedcónsul inglés en Gijón, Edward Kelly, y mantener una fructífera relación con éste que habría de durar tres años y a través de la cual Jovellanos llegó a conseguir no pocos libros y revistas inglesas que era imposible adquirir en España, así como algunos instrumentos para su *Real Instituto* de Gijón. En su correspondencia se confrontarían dos formas distintas de ver el mundo de finales de siglo: una, la de Jardine, partidaria de una reforma inmediata del sistema político vigente; y otra, la de Jovellanos, más posibilista y partidaria, como sabemos, de la reforma progresiva y paulativa, sin prisa pero sin pausa⁴.

⁴ Los detalles de dicha correspondencia deben ser consultados en el *Diario* de Jovellanos desde el 11 de noviembre de 1793 hasta el 20 de enero de 1797. Gaspar Melchor de JOVELLANOS, *Obras completas. Tomos II, III y VI. Correspondencia y Diario*, edición crítica, introducción y notas de José Miguel Gaso González, con la colaboración de Javier González Santos (tomo VI), Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, Ayuntamiento de Gijón, 1985, 1986 y 1994.

La región española a la que más atención le presta Jardine es, sin duda, Galicia, y esto se debe al hecho de ser en ella donde había fijado su lugar de residencia. Lo primero que despierta su atención es la menor estatura de sus habitantes:

«Estos gallegos parecen en su mayoría pobres y harapientos, constituyen una raza de hombres pequeños o bajos [...] imagino que [...] por su costumbre de acarrear cargas sobre la cabeza». (carta VI)

Su parecido físico con los portugueses es grande y, en su opinión, éste también se hace extensible a «las costumbres, los nombres y el idioma». En cuanto a su carácter, Jardine presenta a los gallegos como «seres dóciles, obedientes, mezquinos y harapientos», y los compara con los judíos pobres de Gibraltar. No obstante, quizás como contrapunto, no desaprovecha ninguna ocasión para resaltar la gran laboriosidad de los gallegos, aunque lamentara que la misma se hiciera con escaso «espíritu o destreza» (carta VI).

La pobreza secular que padecían suponía un gran obstáculo para su desarrollo y venía condicionada por diversas carencias de carácter estructural. De este modo, uno de los problemas más acuciantes era la escasa y pésima infraestructura viaria de la región:

«El viajar resultaba terriblemente malo incluso en las mejores zonas. No hay caminos, ni posadas, ni personas que desempeñen ningún oficio de forma aceptable; salvo multitud de puestos de aduana, con sus funcionarios, por todas partes, para suplicio de todos los viajeros, a pesar de lo cual hay más contrabando aquí que en ningún otro lugar». (carta XXV)

Otra cuestión importante era el estado actual de la agricultura y la ganadería. Jardine se sorprendía de la escasa producción de su agricultura, a pesar de cultivar la mayoría de las tierras de la región, incluso las situadas en las laderas de las montañas. La razón de esto había que buscarla, según Jardine, en el monocultivo del centeno y en el abandono subsiguiente de otros productos «mejores», como eran las patatas y el heno. Este último podía servir, además, para alimentar mejor a su escasa y pobre ganadería y para incrementar su número. Únicamente las vacas que se criaban en las tierras bajas de la región constituían una raza aceptable y eran exportadas al resto de España. Su mala alimentación lleva a Jardine a señalar lo siguiente:

«El que perdieran aquí una gran cantidad de sus vacas debido a la escasez no sería tan sorprendente como el que tantas sobrevivieran al invierno con una provisión tan insuficiente». (carta VI)

Al mal estado de la agricultura y la ganadería se sumaba también la falta de infraestructura industrial, debido a la afluencia masiva de dinero procedente del comercio con las colonias, especialmente ahora que el gobierno había abierto éste a los puertos de El Ferrol y La Coruña.

Estos tres problemas se veían, además, agravados por el excesivo poder que tenía la Iglesia en la región, ya que ésta era omnipresente y condicionaba mucho la forma de vida de sus habitantes, más aún que en ningún otro sitio del país. La capital de la región, Santiago de Compostela, se había convertido, para Jardine, en la capital de la superstición, y era el sitio donde mejor se podía «contemplar el poder de la Iglesia» (carta XII). La peregrinación anual de fieles a la catedral de Santiago había disminuido mucho últimamente, aunque aún seguía originando «un gran desorden y ociosidad durante el verano» (carta XXV). Otra prueba de su poder la constituía el gran número de edificios religiosos en la región, en contraste con su extremada pobreza.

Pero no todo serían críticas y Jardine no dejaría de señalar aquellas cosas que funcionaban mejor en Galicia que en otras partes del país, esto es: el número de habitantes de la región y su modelo de propiedad de la tierra (los *foros*). De este modo, señalaba que, aunque no fueran ciertas las cifras que estimaban en un millón y medio el número de habitantes de la región, ésta superaba con creces la densidad de otras partes de España, lo cual, unido a su gran pobreza, obligaba a una gran parte de la población a emigrar al resto del país o a Portugal. La razón de esta mayor densidad se basaba, de acuerdo con Jardine, en la mayor fecundidad de las mujeres gallegas y en su mayor valentía a la hora de traer hijos al mundo. Además, allí donde se asentaban, los gallegos resultaban «extremadamente útiles en la agricultura, y en una diversidad de labores domésticas que los naturales más pobres y harapientos de aquellas tierras no quieren realizar por excesivo orgullo e indolencia» (carta VI). Galicia exportaba también algo distinto a la mano de obra e igualmente «de gran importancia»: sus vacas. Por todo ello, aunque fuera menos conocida por los diferentes viajeros debido a sus malas comunicaciones con el resto del país, Jardine la consideraba «la región más importante de España, si exceptuamos, quizás, a Cataluña» (carta XI).

Andalucía

Jardine se nos presenta como un precursor de lo que después se convertiría en la leyenda romántica de Andalucía, destacando el gran interés que despertaba su visita para cualquier viajero de paso por España, «tanto por el

humor, el dialecto, el ingenio y la urbanidad de sus habitantes, como [...] por la prosperidad relativa de la región» (carta XIV). No obstante, la realidad pronto le haría ver las cosas de una manera menos optimista, sobre todo cuando se adentra por la región y se sorprende de su gran aridez, su poco cultivo y su población escasa y desperdigada, al estilo de las aldeas árabes que había conocido en su visita a Marruecos. De un panorama tan desalentador, sólo se salvarían las dos colonias alemanas creadas por Olavide y la tierra dedicada al cultivo del olivo, ya que la rentabilidad de ésta se ponía de manifiesto en la proliferación de maquinas y de molinos destinados a la producción del aceite.

Algunas de las cartas del libro aparecen escritas en Cádiz. La mayor riqueza de esta ciudad y su privilegiada situación comercial (después de haber detentado durante muchos años el monopolio del comercio de España con las colonias americanas) determina algunos de sus rasgos distintivos:

«Puede percibir aquí actualmente una mentalidad más liberal, incluso un carácter inclinado al lujo y al vicio distinto al del resto de la nación, unas costumbres más alegres y una mayor confianza, crédito y sociabilidad entre los hombres [...]». (carta XIV).

Su estancia en esta ciudad le lleva a denunciar la actuación del administrador de rentas del puerto, al que acusaba de exceso de celo por intentar gravar todos los aranceles exigidos por el Estado, ya que, señalaba Jardine, «tuvimos la mortificación de ver algunas de sus hogueras de magníficos productos ingleses» (carta XIV). En cuanto a Córdoba, destaca su buen emplazamiento a orillas del río Guadalquivir, la fertilidad de su vega y la cercanía de «las montañas sublimes de Sierra Morena, llenas de bosques, agua y una diversidad de suelos y de lugares encantadores» (carta XIX). A pesar de ello, la opinión que le merece la ciudad difiere mucho de este bucolismo, ya que ésta «no presenta ahora más que un aspecto pobre y melancólico, y parece sumida en la indolencia, la suciedad, las ruinas, la miseria y los conventos» (carta XIX). De cualquier manera, la predilección que Jardine, al igual que otros compatriotas suyos, sentía por Andalucía no podría reflejarse mejor que con las siguientes palabras:

«Si fuera rey de España creo que ésta sería mi capital [Córdoba], por muchas razones. Iría a Sevilla en invierno, y quizás a Granada en agosto [...] Estaría a un día de viaje de Sevilla, Cádiz, Granada, y a poco más de Cartagena. Con esos lugares tan cerca, casi a la vista desde mis magníficas montañas, creo que podría gobernar el mundo [...]». (carta XIX)

Jardine peca de ofrecer una imagen un tanto tónica y superficial de La Mancha, motivada quizás por su escaso conocimiento de la región, ya que es probable que sólo constituyera un lugar de paso en su camino hacia Madrid. De cualquier modo, asocia ésta acertadamente con la figura de *Don Quijote* y señala algunas de sus características, como la simplicidad, la pobreza, la alegría y la música, que, en su opinión, sirven para describirla. Enseguida veremos por qué. Lo que más le llamaba la atención dentro de la región era la proliferación de un tipo de canciones típicas llamadas «seguidillas», que surgían de un modo natural e improvisado y que le resultaban «encantadoras». Por lo demás, el campo seguía siendo tan amarronado y monótono como el resto de las llanuras del interior: «seco, desnudo, de arcilla marrón, sin rastro de verde, y donde apenas se deja ver un arbusto salvo cuando los viñedos tienen hojas» (carta XXI). No obstante, la naturaleza, señala Jardine, haciendo gala de una gran sabiduría, se encargaba de equilibrar este panorama tan sombrío al proporcionar a sus habitantes una abundancia de buenos alimentos y una alegría que les permitía vivir sin grandes esfuerzos e incomodidades:

«Pero en estos pobres y escasos pueblos de arcilla hay abundancia de buen vino y de buen pan, y ninguna otra cosa que no sea el bailar y el cantar dentro y fuera de casa todas las tardes» (carta XXI).

Por lo que respecta a Madrid, Jardine remite a otros autores, sin especificar cuales, para aquellas personas que deseen encontrar una descripción completa y detallada de la capital. La única observación que nos ofrece sobre su aspecto se refiere a que «ahora es una ciudad aceptablemente limpia, con unas cuantas calles y edificios buenos, pero sin alrededores agradables» (carta XXII). Tan sólo la apariencia física de sus habitantes es objeto de una mayor atención por su parte:

«Creo que esta ciudad de Madrid no es aún un lugar muy saludable por lo que podemos deducir, y por el aspecto febril, bilioso y desarreglado de sus habitantes; no son por lo general personas ni corpulentas ni guapas, y tienen un cierto aspecto de descontento o resignación callada, o algo a medio camino de ambas, que resulta más fácil de observar que de explicar.» (carta XXII)

Castilla y León tampoco sería merecedora de mucha mayor consideración. Lo que más le sorprendía era su extrema pobreza, su despoblación y la falta casi total de vegetación:

«No encuentro mucho que merezca la pena ser copiado y tenido en cuenta en las “anotaciones” de diversos viajes por las ahora desiertas llanuras de

Castilla la Vieja y León, donde ciertamente hay tan poco que ver, al margen de algunos rebaños desperdigados de ovejas y unas cuantas ciudades y pueblos de arcilla muy alejados entre sí, llenos de suciedad, pobreza y ruinas, y que parecen haber sido quemados recientemente». (carta XXII)

Buena prueba de ello era el escaso número de viviendas que disponían de ventanas de cristal, incluso en las ciudades laneras. El panorama de entonces no era más que el vestigio desolador de su anterior grandeza, de la cual sólo quedaban ahora las ruinas, la suciedad y la pobreza. Dentro de la región, destacaba, en su opinión, la ciudad de Burgos, tal vez por haber sido anteriormente «la residencia de sus príncipes» (carta XXII). No obstante, su única esperanza de futuro parecía proceder de la construcción de caminos y canales que permitieran transportar a las provincias marítimas los cereales que producían, pero esto «hasta ahora ha resultado imposible» y, según Jardine, no era probable que pudiera remediarse pronto.

El paso por León trae consigo la reaparición de «las colinas verdes, el bosque, el agua, la población y muchas bellezas» (carta XXV), hasta el punto de mostrarse complacido por ver el cielo cubierto de nuevo. En Astorga le sorprende la presencia de los *maragatos*, «quienes son con probabilidad algún vestigio de una raza árabe o mestiza» (carta XXV). Éstos se distinguían por su gran laboriosidad y por la pericia con la que desempeñaban las tres profesiones de arriero, granjero y comerciante, en las que, con el tiempo, se habían ganado una gran reputación de honradez. Por último, la cercanía de Toro le serviría para halagar los vinos que se recogían en esta zona, ya que eran normalmente «fuertes y de buen cuerpo», aunque quizás pudiesen mejorar con la ayuda, esta vez sí, de los franceses, que eran los mayores expertos en ello. Era, por tanto, de lamentar la indiferencia y la despreocupación que existía en su elaboración, al igual que ocurría «con todo lo demás», máxime cuando con ello se evitaba que España pudiera disponer «de una gran variedad de vinos excelentes» (carta XXV).

Una vez descritos algunos de los aspectos diferenciales apreciados por Jardine en sus distintos viajes por España, el autor apuntaba también el riesgo de que dichas diferencias se profundizaran artificialmente con una clara intencionalidad política, como pone de manifiesto en la siguiente afirmación:

«Aunque con frecuencia aparezcan enormes diferencias de carácter entre naciones y provincias vecinas de la misma latitud, como ocurre en esta nación entre los catalanes, los valencianos y los andaluces, existen también más semejanzas que las que ellos desean observar puesto que, al igual que la mayoría de los países vecinos, cada uno sólo ve y desaprueba los defectos y las diferencias de los demás». (carta VI)

Es el momento, pues, de profundizar un poco en la posible existencia de algunos caracteres nacionales que pudieran ser compartidos por la mayoría de los habitantes del país. Este tema suscitaba un enorme interés entre muchos pensadores del siglo XVIII y estaba vinculado en no pocas ocasiones a un cierto determinismo ambiental como el ya señalado por Jardine. Uno de los tópicos más extendidos en este siglo era la atribución al carácter de los españoles de dos rasgos específicos: el orgullo y la indolencia. De este modo, Montesquieu los había descrito en una de sus *Cartas Persas* (la número LXXVIII) como personas excesivamente altivas, graves y arrogantes, con gran desprecio a los demás, especialmente hacia los franceses. Esto se ponía de manifiesto, en su opinión, en la gran preocupación que existía en el país y en sus colonias por el linaje y la pureza de la sangre, y en la consideración del trabajo como algo indigno:

«Porque se ha de saber que cuando goza uno cierta prerrogativa en España [...] ya no trabaja, interesándose su puñonor en el sosiego de sus miembros. Quien se está sentado diez horas al día consigne cabalmente doble aprecio que quien no lo está más que cinco, porque se granjea la nobleza repantiándose en una silla»⁵.

El único rasgo positivo de su carácter parecía ser el de la honradez, puesto que «la buena fe de los españoles ha sido famosa en todos los tiempos»⁶. Pero incluso ésta podía traer también consigo efectos no deseados y muy negativos para el país, ya que la confianza de las demás naciones al otorgar a los españoles la exclusividad del comercio con Cádiz sólo redundaba en el propio beneficio de éstas y, por tanto, como señalaba William Robertson, «esa honradez, que es el orgullo y el rasgo distintivo de la nación, contribuye a su ruina»⁷.

Para Alexander Jardine, sin embargo, esta apreciación tan negativa del pensador francés sólo podía deberse al desprecio casi generalizado que muchos franceses de la época sentían hacia todo lo español. Por esta razón, Jardine siempre acusaría a los borbones y a la influencia francesa de ser los principales responsables de la mayoría de los males del país. En su opinión, esta influencia venía impuesta desde el poder político y no tenía en cuenta la gran diferencia de carácter entre las dos naciones:

⁵ MONTESQUIEU, *Cartas Persas*, traducción de José Marchena, Madrid, Calleja, 1917, pág. 176.

⁶ MONTESQUIEU, *El espíritu de las leyes*, pág. 255.

⁷ WILLIAM ROBERTSON, *The History of America*, London, Cadell & Davies, 1808, vol. IV, pág. 76.

«Los habitantes de Francia y los de España, con un temperamento tan opuesto, necesitan probablemente formas diferentes de gobierno, pero ahora tienen casi la misma, y podemos concluir, por tanto, que una de ellas no es la adecuada y es probable que sea la de España». (carta X)

Además, según Jardine, esta predisposición contra los franceses de la que se quejaba Montesquieu había comenzado a desaparecer, toda vez que España se encontraba en un estado de dependencia y subordinación frente a Francia derivado en gran medida del reciente cambio dinástico. Ante esta situación, lo que España necesitaba, señala Jardine, era un gobierno de libertad y seguridad que pusiera fin al estado actual de indolencia y de intolerancia religiosa, ya que «el país está lleno de caracteres individuales valiosos, o, mejor dicho, de materiales con los que estos se pueden formar en el momento en que se les necesite» (carta XVIII). Pero afortunadamente, en su opinión, la degradación moral y política no había conseguido todavía acabar con el comportamiento franco y honrado que caracterizaba a los españoles y, por tanto, éstos seguían siendo, junto con los ingleses, uno de los caracteres modernos más destacados de toda Europa.

Jardine añadiría asimismo algunos otros rasgos positivos al carácter español, aparte de los ya mencionados anteriormente por Montesquieu, como eran la generosidad, la resolución, la perseverancia y la ecuanimidad. Además del sentido del humor y la «gracia» especial de la gente, la cual logra enganchar y atraer «a los que logran penetrar en su gusto y espíritu, pero que hasta que eso ocurra resulta incomprensible para el extranjero o el que viene de paso» (carta XXI). De este modo, los españoles, y especialmente los andaluces, disponían de un gran ingenio, aunque hubiera que lamentar su preferencia por el de estilo más chabacano y grosero. Éste resultaba en todo caso preferible a la excesiva rigidez que mostraban los ingleses, a los cuales iba dirigida la siguiente exclamación: «Dios nos libre de que nos volvamos personas demasiado difíciles de agradar» (carta XVIII). La atracción que despertan las costumbres, el ingenio y la forma de ser de los españoles sólo podía ser percibida si uno residía en el país durante el tiempo suficiente y se esforzaba además por aprender el idioma, puesto que uno de los grandes placeres de residir en éste radicaba en la conversación. Para Jardine, el estado de decadencia en el que estaba sumida la nación nada tenía que ver con el carácter de la gente puesto que, en su opinión, «los españoles son de natural una raza de personas audaces, imperturbables, alegres y perspicaces, y no veo nada en su carácter original que resulte muy incompatible con el progreso de la industria y las mejoras que en otros lugares parecen algo consustancial a los hombres en sociedad» (carta XXVI). Por tanto, la causa de tanta decadencia habría que buscarla más

arriba, en la misma forma de gobierno, principal responsable del establecimiento de una estructura de depravación y de ignorancia, alimentada por la fuerza de la costumbre y que convertía a los estamentos más bajos de la sociedad en indolentes e improductivos. Las palabras de Jardine al respecto difícilmente podían ser más claras y contundentes:

«Espero haber dejado claro que se trata del mejor pueblo posible bajo el peor tipo de gobierno de los que existen en Europa; y que las cualidades morales de los españoles pueden considerarse como ingredientes de la máxima calidad de entre los que componen el carácter humano». (carta XXXIV)

Hemos tenido ocasión de comprobar cómo Jardine sentía predilección por el norte de España, siendo en estas regiones del Cantábrico donde parecía encontrarse más agusto y conforme. En ellas, la aridez de las mesetas del interior del país se habían ido tomando progresivamente en un verdor permanente y una abundancia de agua y cultivo, en definitiva, en un paisaje más parecido al inglés. Quizás por esta razón aceptara con agrado, unos cuantos años más tarde, ser nombrado cónsul en La Coruña, a pesar de la dificultad de ejercer dicho cargo en un puerto español de tanta importancia estratégica. Y quizás también por ello desearía pasar los últimos días de su vida en Galicia, una vez acabada su misión allí y cuando su país se encontraba en guerra con España. Su grave enfermedad, la avanzada edad y el recelo que su presencia despertaba en las autoridades españolas, en especial en el gobernador militar de La Coruña, el francés Desmáisieres, hicieron el resto y Jardine se vería abocado a terminar sus días a escasa distancia de la frontera española (Valença do Minho), poco tiempo después de haber sido expulsado del país y obligado a viajar sin descanso y en condiciones de extrema dureza³.

³ Public Record Office, F. O. 72/46: *Carta de Juana Jardine a Lord Grenville*. En esta carta, fechada el 10 de abril de 1799, la mujer de Jardine informa al ministerio británico, con gran dolor y tristeza, de los diferentes pormenores que rodearon la muerte de su esposo.